

Sara Barrena y Jaime Nubiola: *Los viajes europeos de Charles S. Peirce (1870-1883)*

NAVARRA, EUNSA, 2023, 714 PÁGINAS.



Felicitas Casillo

Universidad Austral, Argentina

Los viajes europeos de Charles S. Peirce, 1870-1883 (EUNSA, 2023) reúne el trabajo de recopilación, traducción y análisis, realizado por Sara Barrena y Jaime Nubiola, del Grupo de Estudios Peirceanos de la Universidad de Navarra, España. El volumen incluye la correspondencia, hasta ahora inédita, que el científico y filósofo norteamericano Charles S. Peirce (1839-1914) mantuvo durante los cinco viajes que realizó a través de Europa entre 1870 y 1883.

La relevancia de estas cartas consiste en que “la imagen que a veces se tiene de Peirce como un pensador aislado (...) no solo no es históricamente ajustada, sino que dificulta la comprensión de algunos aspectos de su filosofía” (2023: 676). En este sentido, Barrena y Nubiola sugieren que en estas travesías podría hallarse la génesis de varios de sus aportes.

Para el lector que conoce los trabajos filosóficos de Peirce, llama la atención la dedicación del autor a sus tareas como astrónomo y metrólogo. La labor de “oscilar los péndulos” se menciona una y otra vez en las cartas, a la par de que Peirce se refiere a otros trabajos acerca de eclipses o de la fuerza gravitacional. En el análisis que aparece al final del volumen, Barrena y Nubiola destacan dos características fundamentales de la labor de Peirce como científico: por un lado, la observación y la medición, y, por el otro, el empeño por mantener una comunidad de investigadores. Sobre esto último, en palabras del mismo Peirce:

No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado. Solo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, solo entonces llamo a su vida ciencia. (679)

La publicación de las cartas incluye una cronología de la vida de Peirce y una primera parte con una introducción. Luego, la segunda parte, el grueso del libro, contiene las epístolas, apuntes, imágenes y demás

material documental de los cinco viajes realizados por Europa. A lo largo de las 714 páginas que lo integran, el compendio abarca misivas de diversos estilos, desde las cartas-telegramas, sobre asuntos nimios o administrativos, hasta cartas-diarios o cartas-crónica en las que el autor da cuenta de una mirada sensible y estética sobre los sitios que visita.

A continuación, se incluyen las sugerencias de Charles S. Peirce para un viaje por Europa, que son una serie de notas del autor sobre sitios recomendados en cada destino. También aquí se halla la pequeña obra “Esbozos topográficos de Tesalia con adornos de ficción”, único texto de ficción de Peirce. Por último, en la tercera parte del volumen aparece el texto “Una valoración de sus viajes europeos”, escrito de Barrena y Nubiola.

Una de las virtudes del texto consiste en relacionar minuciosamente a través de notas las cartas con otros textos conocidos del autor, con otros autores y hechos relevantes, así como también vincula las cartas con referencias culturales y científicas. La edición dispone las cartas ordenadas por viaje. Cada carta incluye el dato de la fecha, el sitio y la persona a la que va dirigida. Luego aparece un pequeño párrafo con el contexto de la carta y las notas al pie se reservan para los comentarios y relaciones de los editores. En la obra también se incluyen imágenes de la letra manuscrita de Peirce, operaciones matemáticas y hasta dibujos del propio autor. De esta manera, la edición de Barrena y Nubiola asombra desde la propia forma y se constituye en un modelo de traducción y obra crítica preciosista, que se apuntala en el rigor y la especificidad, pero que no pierde la frescura de la admiración por el autor estudiado.

La publicación de los viajes no tiene únicamente un valor biográfico, sino que también representa aportes acerca del pensamiento de Peirce. De especial interés parece la emergencia del propio mundo de la vida del autor, y la mirada estética acerca de experiencias que atraviesa en contacto con culturas muy diversas a la propia. Aparece, además, su temperamento, su



humor, su sensibilidad, acaso por momentos su impaciencia y vulnerabilidad. Si bien los viajes están ligados a la actividad científica de Peirce en el *United States Coast Survey*, también se lee en las cartas el propio discurso interior del filósofo e incluso se insinúan algunas de las teorías que luego el autor enunciará en otras de sus obras. Por ejemplo, una de las primeras formulaciones de las definiciones de ícono, índice y símbolo (54).

En el primero de sus viajes (1870-1871), las cartas son las de un Peirce aún joven, que descubre el mundo con entusiasmo y curiosidad. En algunas de las descripciones se concentra en el valor estético de lo que observa, por ejemplo, al referirse a las costas de Constantinopla (58), cuando alude su preferencia por el estilo gótico frente al sarraceno, al que califica como “pobre en ideas” (64), también al referirse a Sicilia, donde “todo es alegría” (74), y, particularmente, parece relevante su reflexión acerca de los artistas: “¿Qué son nuestros artistas? ¿Son ellos los hombres representativos de nuestra época o ni siquiera ellos la comprenden? La dificultad es que nuestra época no cree: ni siquiera medio cree en sí misma. En la medida que esto sea así lo que está pidiendo es críticos y científicos, no artistas” (92). Con respecto al eclipse del 21 de diciembre de 1870, motivo del primer viaje, se incluyen unas extraordinarias líneas de Zina Fay, la esposa de Peirce, desde la villa del Marqués de San Giuliano, cerca de Catania: “de repente una luz carmesí, casi rojo sangre, cayó sobre mi papel arrojando sombras negras, (...) en la luz tenebrosa, parecían tan sobrenaturales como brujas bailando (125).

El segundo de sus viajes (1875-1876) es algo más sombrío. El matrimonio de Peirce tambalea, se suceden los ajustes económicos y Peirce sufre crisis nerviosas. Para el tercer viaje, ya se ha separado de Zina y aunque continúa viviendo en una situación económica apretada en New York, es este el momento más encumbrado de su carrera científica. Sin embargo, llamativamente, apunta: “Tengo pretensiones reales en lógica y no tengo ninguna fuera de ella” (383).

El cuarto de sus viajes, de abril a agosto de 1880, se verá interrumpido porque Peirce, quien desde 1879 era profesor de Lógica en la *Johns Hopkins University*, debe regresar por la salud ya precaria de su padre. En esta sección se incluye una interesante reflexión acerca de la ciencia en América (511 y 512). Finalmente, el último viaje se concretará entre mayo y septiembre de 1883. El mes antes de salir de viaje, Peirce se había divorciado de Zina y contraído matrimonio con Juliette Froissy.

Especialmente en los textos del primer viaje se observa la profunda conmoción que la travesía ocasionó en el

espíritu de Peirce. Sobre las valoraciones estéticas que el autor despliega en sus cartas, algunas algo controvertidas, Barrena y Nubiola sugieren:

la estética peirceana aparecerá años después como un poderoso instrumento teórico que permitirá comprender mejor la naturaleza y las aspiraciones del ser humano. (...), Peirce supo detectar la encrucijada en la que se situaba el arte y trató de dar una explicación del fenómeno artístico como algo que iba más allá de un mero reflejo de la realidad. (2023: 685 y 686)

El análisis de los editores sugiere que la estética de Peirce parece trascender el aspecto y materialidad de las obras. Esto lo insinúa Peirce en sus apreciaciones acerca de, por ejemplo, la Basílica de San Pedro, a la que critica por su monumentalidad. Si bien el autor podría estar influido por cierto “prejuicio antipapista” (83), como señalan los editores, al referirse a una visita a la catedral de Ruan el día de Todos los santos, precisamente parece conmoverse por el espíritu de la liturgia católica (448). Para Barrena y Nubiola: “(...) Peirce considera bello aquello que tiene un alma o un motivo” (688).

Los editores proponen que, de acuerdo a la teoría peirceana, existen “tres elementos que se combinan para dar lugar al fenómeno artístico”. Se encuentra, por un lado, “la primeridad, la cualidad de sentimiento que el artista percibe sin ser ni siquiera consciente de ella”, luego, se halla “la reacción frente a esa primeridad, que se expresa a través de la escritura, de la pintura o de algún otro medio”, y que posee “carácter de segunda”, y, por último, sucede “la terceridad”, la “representación”, que se basa en “la capacidad de apresar la primeridad”, para “convertirla en algo comunicable a través de unas frases, de unos trazos, de unas notas musicales”. En Peirce estas tres categorías “se combinan para dar lugar al fenómeno artístico” (689).

Finalmente, los autores apuntan una hipótesis sugerente: en las misivas de los viajes europeos se observa cierto desconcierto de Peirce para dar cuenta por escrito de la belleza. Barrena y Nubiola afirman que los viajes europeos pueden relacionarse con la idea de que el artista es quien es capaz de “racionalizar lo inexpressable”, y mencionan que el mismo Peirce intentó su único relato de ficción, “Esbozos topográficos de Tesalia con adornos de ficción”, “para recoger y expresar las impresiones que Grecia había causado en él” (689). Se infiere aquí, entonces, algo acerca del aspecto discursivo de sus cartas. Frente al género epistolar, cotidiano y primario, parece existir una experiencia trascendente

que requiere de un género secundario, propiamente artístico, para poder expresarse: “la belleza se daría cuando se consigue la armonía, el equilibrio, la per-

fecta adecuación entre la expresión de la primaridad y la razón, cuando se consigue esa ‘encarnación razonable’” (690).

